

á muchos los estremecerán estas verdades; todos convenimos en que es muy arriesgada una vida inútil para el cielo; y en medio de eso, ¿para cuántos serán inútiles estas reflexiones?

No permitais, Señor, que sea yo de este número. Arbol estéril hasta aquí, he hecho ineficaces todas vuestras gracias, inútiles todos vuestros desvelos. No os canseis, Dios de las misericordias; continuad, Señor, continuad los auxilios de vuestra gracia á mi alma, que espero dará fruto de hoy en adelante.

JACULATORIAS.

Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Matth. 18.
Dadme, Señor, todavía un poco de tiempo, que yo os satisfaré lo que os debo.

Domine Deus, ostende hodie, quia tu es Deus Israel, et ego servus tuus. III. Reg. 18.

Mostrad, Dios mio y Señor mio, en este dia que vos sois mi soberano dueño, y que yo soy fiel y humilde siervo vuestro.

PROPCSITOS.

1. Si has comprendido el peligro á que expone una vida ociosa, inútil y floja, fácilmente evitarás este peligro con el horror que te causará semejante vida. Pero guárdate bien de que este horror se reduzca solo á proyectos aéreos, á deseos inútiles que matan al perezoso. Procura que sea siempre práctico el fruto de todas tus meditaciones, esto es, que se dirija siempre á la reforma de tus costumbres, á arreglar tu conducta, y á la práctica de la virtud. Hasta aquí ha sido inútil tu vida, ó á lo menos ha habido en ella grandes vacíos; procura que en adelante sean dias llenos todos tus dias, segun la frase de la Escritura. Da desde luego principio por el dia

de hoy, practicando en él todas aquellas obras y ejercicios que corresponden á tu estado. Visita á los pobres enfermos en el hospital; consuélalos con tus palabras y con tus limosnas. Si no los puedes visitar en el hospital, ejercita esta obra de caridad con algunos de tu parroquia. Hay muchas familias honradas que tienen gran falta de todo; lo que á ti te sobra, las acomodaria mucho á ellas; socórrelas, y gasta en esto lo que habias de gastar en una mesa espléndida, en un convite inútil, en un vestido superfluo, ó en un mueble no necesario, que bien puedes pasar sin él. Harás en esto un gran sacrificio; ruégote que tomes gusto á esta práctica.

2. Huye la compañía de la gente ociosa, y aun debes dejar de asistir adonde reina la ociosidad. Ten continuamente alguna cosa en que ocuparte. Una señora cristiana siempre debe tener alguna labor que la ocupe; á la labor suceda la oracion, ó la lectura de algun libro devoto. Procura que sea útil hasta tu mismo descanso, por medio de conversaciones que fomenten la virtud y que edifiquen. Acostúmbrate á levantar el corazon á Dios frecuentemente con breves jaculatorias, y con actos de amor suyo. Es devocion muy provechosa rezar el *Ave Maria* siempre que da alguna hora. Mucho se adelantará con una vida empleada en estos devotos ejercicios; son unas industrias espirituales, al parecer de poca entidad, pero en realidad de gran valor para enriquecerse el alma.

SAN JUAN NEPOMUCENO, MÁRTIR.

Entre las varias calamidades que ha padecido la Iglesia, y en la mayor corrupcion de los siglos mas relajados, siempre ha hecho ver su esposo Jesucristo

que no podían prevalecer contra ella las puertas del infierno, antes bien, las mismas persecuciones harían resaltar el precio y hermosura de la virtud. Vióse esto con la mayor claridad en el reinado turbulento y sanguinario de Venceslao, rey de Bohemia, indigno por sus excesos de haber sido hijo del generoso Carlos IV. Entre los varones que ilustraron por aquel tiempo la iglesia de Bohemia, y principalmente la metropolitana de Praga, con el lustre de su nacimiento, con la copia de doctrina, con la fortaleza en defender la inmunidad eclesiástica, con la inocencia de costumbres, y con todas las demás virtudes propias de los grandes sacerdotes, fué uno san Juan Nepomuceno, cuya vida y felicísima muerte, honrada con la lauréola del martirio en defensa del sigilo sacramental, es como se sigue.

Nació san Juan Nepomuceno en un lugar de Bohemia llamado Nepomuk, entre el año de 1320 y 1330, según se deja inferir de los sucesos de su vida. Sus padres, hombres de mediana fortuna, fueron más ilustres por la solidez de su piedad, que por la antigüedad de su ascendencia. Habían llegado á una edad avanzada, cercana á la senectud, sin el consuelo de tener sucesión: dirigían al cielo sus votos, derramando copiosas lágrimas delante de la imagen de la Madre de Dios que se veneraba en Verdemonte, monasterio de Cistercienses, más para ejercitar su piedad, que porque esperasen tener hijos en edad tan desproporcionada. Pero la piadosa Madre de misericordias oyó sus oraciones, y no solamente alcanzó de su Hijo que los alegrase con el nacimiento de Juan, sino que habiendo este enfermado tan peligrosamente que se desconfiaba de su vida, sanó repentinamente luego que sus padres acudieron á ofrecer sus votos delante de aquella santa imagen. Toda su puericia fué un continuo tejido de santas obras, que

manifestaban la verdad con que el cielo había indicado antes de nacer la pureza de sus costumbres y los ardores de su caridad, por medio de unas hermosas llamas que descendieron del cielo rodeando la casa en que nació. Deleitábase siendo todavía muy niño en ayudar á misa á los sacerdotes, asistiendo á la iglesia antes de amanecer, y lo hacía con tanta modestia y compostura, que parecía un ángel del cielo destinado á la iglesia por ministro. Habíale dotado la naturaleza de un semblante en que se juntaban la majestad y hermosura, con una amabilidad y sencillez, que arrebatava los corazones. Su genio vivo, su rara memoria, y su entendimiento agudo y perspicaz, no desmentían un punto los anuncios felices de su semblante. Para no malograrlos cuidaron sus padres de proporcionarle los estudios de latinidad y elocuencia, y para este efecto le enviaron á la ciudad de Zatecio, donde en poco tiempo estudió las humanidades, y sobre todo la retórica con gran nota de aprovechamiento. El emperador Carlos IV acababa de fundar entonces la universidad de Praga, atrayendo á ella con grandes premios los maestros más sobresalientes en todas facultades que tenían en aquel tiempo París, Padua y Bolonia. El jóven Juan fué enviado á esta floreciente escuela y en ella estudió la filosofía y las sagradas ciencias, hasta conseguir el grado de maestro en la primera, y el de doctor en sagrada teología y cánones.

Desde que había comenzado á instruirse en las letras humanas, había conocido el santo que la grande propension que sentía al estudio de la elocuencia, denotaba cierta vocación al sacerdocio, y á procurar la salvación de las almas. Cuanto más fué internándose en los secretos de la verdadera sabiduría, y penetrando las sublimes verdades de la religión en las ciencias sagradas, tanto más se iban

encendiendo en su corazón los deseos de servir á la Iglesia y á la salud de sus prójimos por todos los días de su vida. Desconfiaba sin embargo de su propio juicio; y aunque en todo el tiempo que habia consumido en los estudios no habia dejado de practicar obras de piedad y de virtud, con todo eso determinó retirarse por espacio de un mes entero, para examinar con seriedad su vocacion al sacerdocio. Pasó el santo mancebo todo aquel mes en una rigurosa soledad, purificando y examinando su conciencia, afligiendo su inocente cuerpo, y dirigiendo al cielo fervorosas oraciones con copiosas lágrimas, para que se dignase hacerle patente su voluntad, y darle los auxilios necesarios para cumplirla. Conoció por la constancia en sus propósitos, y mucho mas por aquella interior ilustracion con que Dios se insinúa en los corazones de sus siervos, que este Señor le llamaba al estado eclesiástico; y así concluidos sus ejercicios, recibió los órdenes sagrados, y comenzó á ejercer las funciones de su nueva dignidad por medio de la predicacion. No eran sus sermones como los de aquellos oradores que mas bien parece van á predicarse á sí mismos, haciendo ostentacion de una vana elocuencia, que á ganar las almas perdidas, y reducir las á la grey de Jesucristo: los discursos de san Juan eran vivos, enérgicos, persuasivos, llenos de aquella fuerza superior con que el espíritu divino ablanda el corazón empedernido del pecador mas obstinado. La mocion, los sentimientos que excitaba en las almas de los oyentes, el gusto con que estos le oían, sus lágrimas, y mucho mas la enmienda de sus vidas, daban un claro testimonio de la excelencia de su predicacion. En breve tiempo todos los vecinos de Praga reconocieron en san Juan Nepomuceno un ministro evangélico, en quien resplandecía á un mismo tiempo la sublimidad de doctrina y la santidad

de las obras; y en esta justa persuasion no tuvieron dificultad de nombrarle predicador de la basilica de Nuestra Señora de Trein, en Praga la antigua, que era el sitio mas principal y noble de aquel pueblo, y en donde solo se permitia predicar á oradores consumados.

Era empresa ardua ocupar el lugar de hombres tan sabios como le habian precedido, sin el justo temor de incurrir en el desagrado de los oyentes, acostumbrados á oír los oradores mas sublimes que habia tenido Bohemia. Uno de estos habia sido Conrado Stickna, hombre elocuentísimo; y otro, el mas inmediato, Juan Milicio, cuya fuerza en el decir era tanta, que de resultas de un discurso suyo todas las matronas de la ciudad de Praga abandonaron á un tiempo el lujo y profanidad de sus vestidos; las mujeres públicas dejaron sus vidas licenciosas, encerrándose en conventos; y hasta los ciudadanos mismos llegaron á destruir los lupanares, entregándose á las lágrimas y á la penitencia. Sin embargo de esto, el nuevo predicador llenó de tal manera la espectacion de todos, que hizo olvidar el mérito de sus predecesores, y aun les aventajó en la prudencia y en el respeto con que se debe mirar la cátedra del Espíritu Santo. Porque aunque los referidos predicadores tenian grande mérito por su elocuencia, como su corazón no estaba animado de un zelo tan puro como el de san Juan, habian zaherido en sus discursos á los órdenes mendicantes, causando escándalo á los oyentes, desprecio de su ministerio, acusaciones en Roma, y alborotos y disensiones muy ajenas del ministerio de la palabra. Entre tanto la doctrina, virtud y continuo trabajo de este digno sacerdote iba creciendo en tanto grado, que todos á una voz publicaban su mérito, y clamaban por su exaltacion. Distinguióse entre todos el arzobispo de aquella santa

iglesia, por cuya solicitud no solamente fué hecho nuestro santo canónigo de aquella respetable catedral, sino que se le confió el delicado empleo de predicar al César en la iglesia de San Vito. En vano pretendió excusarse, alegando su incapacidad para dar acertados consejos é instrucciones convenientes á tan altos personajes; las excusas de su humildad no lo fueron para los que conocian su mérito, y así se vió obligado á aceptar el canonicato, con el cargo de predicador de la corte, que ejerció por muchos años con aplauso general de los palacios, y con grande admiracion y fruto de cuantos concurrían á oírle. El argumento ordinario sobre que formaba sus sermones, era la penitencia y arrepentimiento de los pecados; la relajacion, soberbia y gastos superfluos de los nobles; la fealdad y consecuencias perniciosas de la embriaguez, vicio entonces muy ordinario; el lujo y profanidad de los vestidos; y últimamente, el juicio tremendo que espera á todos los delincuentes, y las penas acerbadas é interminables que han de tener por castigo. El mismo rey Venceslao fué movido por los discursos del santo predicador, y refrenó por algun tiempo sus pasiones desarregladas.

Entre tanto llegó á vacar la silla episcopal de Leitomeritz, y el emperador, para dar una prueba del aprecio que hacia de san Juan Nepomuceno, le ofreció su nombramiento; pero no fué posible determinarle á que lo aceptase. Imaginando que su renuncia se fundaba acaso en los peligros y trabajos inseparables del obispado, le ofreció la pabordia de Wischeradt: era esta la primera dignidad eclesiástica de Bohemia despues del obispado, tenia cien mil florines de renta al año, no exigia cuidados, penas ni fatigas, y llevaba anexo el título de canciller hereditario del reino. Pero conoce poco á los santos el

que les hace semejantes ofertas: el virtuoso canónigo rehusó esta dignidad con tanta mas razon, quanto el único aliciente que ofrecia eran los honores y las riquezas.

Pero quanto mas despreciaba el santo las grandezas del mundo, tanto mas permitia Dios que el mundo le estimase. Empeñóse de nuevo Venceslao en nombrarle su limosnero; y el santo admitió este cargo, ya por no agriar el ánimo del emperador resistiende á sus porfias, ya por la facilidad que le daba para instruir á la corte con mayor autoridad y mas fruto, y ya por la proporcion de satisfacer su ternura y caridad con los pobres. Por otro lado este destino no le exponia á distracciones, ni le ofrecia aquellas riquezas y honores que tanto le atemorizaban: así fué la humildad la que le fijó en la corte, adonde la ambicion conduce á casi todos los hombres. Desempeñó su empleo de tal modo, que todos los cortesanos estaban admirados de la destreza, política é integridad con que se conducia en palacio: los pobres daban gracias al cielo, sorprendidos de su ardiente caridad y de sus largas limosnas, y todos admiraban en su conducta y buen desempeño los efectos de una prudencia celestial y de una justicia consumada.

La emperatriz Juana, hija de Alberto de Baviera, conde de Hainaut y de Holanda, era una princesa adornada de las mas bellas cualidades y de todo género de virtudes. Movida de la uncion que acompañaba los sermones de san Juan Nepomuceno, de la seguridad y solidez de sus máximas, y de la fuerza victoriosa con que persuadia la virtud, determinó tomarle por su confesor para que dirigiese su conciencia, y fuese maestro de su vida. Este hecho movió á algunos conventos de vírgenes á solicitar su direccion, seguras del aprovechamiento que les resultaria si llegaban á conseguir tan acertada enseñanza. Las pre-

cisas obligaciones del empleo de limosnero no permitieron este consuelo sino á las religiosas de San Jorge, que con la direccion del santo llegaron en breve al mas sublime grado de la perfeccion religiosa. En este tiempo resplandecia Nepomuceno como una luciente antorcha, que difundia por todas partes las luces de su santidad y su doctrina. La santa iglesia metropolitana de Praga le miraba como á su mayor ornamento, y toda la corte como á un oráculo en donde hallaban sus dudas claridad, solucion sus dificultades, y un ángel de paz sus pleitos y disensiones. En esto último llegó á tan elevado concepto la prudencia de nuestro santo, que acontecia poner en sus manos los pleitos mas considerables, interesantes y ruidosos, sujetándose las partes voluntariamente á su sentencia. Tan grande era la opinion que de su sabiduria é integridad habian concebido todos, que muchos, no cediendo á las decisiones de los tribunales reales, oian y abrazaban sin apelacion las decisiones de san Juan Nepomuceno.

Entre tanto el rey Venceslao, que era de un carácter feroz, y propenso á todos los vicios, iba empeorando sus costumbres, manchándolas con su fiereza y deshonestidades. Dícese que los infames aduladores que le rodeaban, le dieron confecciones con que excitar hasta lo sumo su crueldad y su impureza; pero ¿qué confecciones tan activas para pervertir el corazón de un príncipe, y hacerle execrable á los ojos de Dios y de los hombres, como las palabras y consejos de los aduladores, cuyas lenguas serpentinas están llenas de un mágico y pestífero veneno? Este pudo tanto en aquel príncipe infeliz, que llegó á convertirle en un loco furioso, ó en un monstruo que no hallaba deleite sino en la crueldad y en los mas infames delitos. La piadosa reina miraba con sumo dolor los excesos de su esposo; y la piedad y ternura de su

corazón se conmovian mas violentamente en vista de las crueldades diarias que cometia. No podia ver sin horrorizarse que su marido, imitando á los príncipes mas crueles, llegase hasta el extremo de manchar la mesa y las viandas que comia, con la sangre de los grandes que allí mismo mandaba degollar. Gemia la inocente reina en el secreto de su corazón, y redoblaba sus suspiros al ver que su honesta conducta era mirada del rey con ojos infieles y zelosos. No hallaba consuelo sino en la soledad y en el retiro, dirigiendo á Dios ruegos humildes para que ablandase el corazón de su esposo. Cuando los males que se padecen son extremos, no halla el afligido descanso sino en la conversacion con Dios y en el seno de la virtud. Por tanto, con ningun ejercicio podian templarse las lágrimas y amargura de la reina sino con la confesion sacramental, que comenzó á frecuentar con mas esmero, con la oracion continua, con el socorro de los pobres, y con los ejercicios de una vida completamente espiritual, en que se empleaba dia y noche.

Estas piadosas ocupaciones de la reina, sus mortificaciones y abstraccion, que bastarian por sí solas para ablandar el corazón mas rebelde, y para excitar en él los estímulos de un verdadero y puro amor, produjeron en Venceslao efectos enteramente contrarios. No podia sufrir la presencia de su esposa; aborreciala con todo su corazón cuando se presentaba á sus ojos; pero cuando la veia retirada y apartada algun tanto de su presencia y comercio, su corazón se abria no tanto al amor, quanto á la loca pasion de los zelos. Produjeron estos en el inicuo rey la desatinada curiosidad de saber la confesion de su esposa, los pecados que confesaba al sacerdote, los consejos que este la daba, y principalmente cómo pensaba de su marido, y si acaso tenia su amor empleado en otro

objeto : tan locos pensamientos es capaz de producir la tiranía, cuando se aconseja con la crueldad, con la torpeza y con la lisonja. Mandó, pues, llamar á san Juan Nepomuceno, y despues de varios rodeos de discursos y palabras, hizo que cayese la conversacion sobre las cualidades y condicion de las mujeres casadas, significando que sus intenciones mas ocultas y sus obras, por santas y secretas que fuesen, debian saberlas sus maridos, principalmente siendo estos reyes. Propúsole riquezas, honores, dignidades, y cuanto pudiera apetecer un hombre ambicioso, con tal que le revelase alguna parte de lo que la reina le confesaba, asegurándole que guardaria secreto, y quedaria tranquilo su corazon. Escandalizóse y llenóse de horror el sagrado ministro al oír semejante propuesta, y con evangélica libertad hizo entender al rey su impiedad y sacrilega pretension, aconsejándole que se arrepintiese de tan execrable delito, y dejase de solicitar lo que de ninguna manera podria jamás conseguir. El corazon del rey se encendió en furor oyendo la repulsa, y mucho mas la repension agria con que el varon apostólico habia afeado su procedimiento; pero considerando que los primeros pasos suelen ser inútiles para la consecucion de las cosas dificiles, y que las instancias continuadas suelen conseguir finalmente lo que habia parecido inasequible al principio, reprimió los movimientos de su ira, disimuló por entonces, y dilató para tiempo mas oportuno el reiterar las diligencias para lograr su loca pretension.

Un suceso inesperado, que llenó todo el palacio y toda la corte de terror, aceleró el tiempo que el rey habia determinado dar de treguas á sus sacrilegas intenciones. Presentaron un dia á su mesa un capon, que Venceslao no halló preparado á su gusto; y por un rasgo de barbarie digno de Caligula ó Heliogabalo,

mandó que cogiesen al cocinero, y atadas las manos y los piés, le asasen en el mismo fuego en que habia estado el capon. Estremeciéronse al oír esto todos los palaciegos; sus semblantes pálidos denotaban el terror de sus corazones; mirábanse unos á otros, significando en sus miradas la iniquidad y barbarie que concebían en la sentencia; pero ninguno osaba reclamar, ni interceder con el rey enfurecido, temerosos todos de que decretase contra ellos igual suplicio. Estaba á la sazón en palacio san Juan Nepomuceno, y avisado de lo que pasaba, no tuvo dificultad en presentarse al rey, con todo el valor que infunde en los pechos cristianos la caridad y la justicia. Rogó primeramente con palabras blandas y humildes por la vida de aquel infeliz; y cuando vió que persistia duro en su bárbara sentencia, le afeó con razones fuertes y terribles la iniquidad de su decreto. Pocas palabras habia pronunciado, cuando el inicuo principe, irritado hasta lo sumo, y centelleándole los ojos, llamó á grandes voces á la guardia, y sin tener respeto al sacerdocio, ni mirar por el decoro de la real dignidad, mandó que llevasen al santo á un oscuro y fétido calabozo. Permaneció en él algunos dias, tan molestado de la hediondez y de la hambre, que llegó á punto de espirar; pero su alma daba á Dios gracias continuas, y alababa su misericordia porque se habia dignado darle ocasion de padecer por la caridad, y por el honor de su santo nombre. Bien conocia el santo que todas aquellas penas las dirigia el astuto principe á vencer su constancia, para poder llegar á descubrir los secretos que deseaba; pero cuanto mas crecia la astucia y crueldad del principe, tanto mas se fortalecia el corazon de este digno ministro de la penitencia, resuelto á perder mil veces la vida, antes que violar el secreto de la confesion.

En semejantes propósitos se entretenia, cuando

entró en la cárcel un gentilhombre enviado por el rey, el cual le dijo de su parte, que S. M. estaba arrepentido de lo que había ejecutado con él; que le perdonase aquella injuria, y olvidando todo cuanto había pasado, saliese de la cárcel, y fuese libre á gozar de su sosiego. Le aconsejó al mismo tiempo que para afirmarse mas en la gracia del rey, procurase al dia siguiente hacerle la corte, asistiendo con los demás personajes á la comida. Asintió el santo, y segun lo pactado, fué á palacio al dia siguiente mientras el rey estaba comiendo, del cual fué recibido con demostraciones muy honorificas. Habiéndose quitado la mesa, y despedido la comitiva, manda el César que Nepomuceno venga á su presencia, lo cual se ejecuta. Inmediatamente comienza á explicarse, manifestando su desasosiego é inquietud por saber lo que deseaba, y rogando al santo que le descubra una por una todas cuantas cosas le habia manifestado la reina en el sagrado tribunal. Su pretension iba acompañada de cuantos artificios puede sugerir una pasion loca, ayudada de todas las astucias que puede inspirar el demonio. Unas veces le halaga y lisonjea, otras manifiesta dureza y severidad; ya promete guardar un inviolable silencio, ya desmiente su promesa con las perversas intenciones que se dejaban entrever en los artificios de su curiosidad. Unas veces le excita con los premios, honores y dignidades mundanas; y otras prorrumpe en amenazas, dándole á entender que ejecutaría en su persona los mas atroces y sangrientos castigos. El santo respondió á este discurso explicándole el ministerio de confesor, lo sagrado y augusto del sigilo sacramental, y concluyó con que ninguna cosa seria capaz de hacerle faltar jamás á sus deberes. Esta firme respuesta irritó de tal modo el corazon del principe, que inmediatamente mandó llamar á sus satélites y al verdugo, á quien ordinariamente tenia

á su lado, y por una cruel bufonada le daba el nombre de *padrino*. Dióles orden de que llevasen al santo á la cárcel, y que, poniéndole sobre un potro, descoyuntasen sus miembros, y quemasen con hachas encendidas sus costados. Créese que asistió al tormento el rey cruel, ya por su costumbre de asistir á las bárbaras ejecuciones, ya porque esperaria descubrir entre aquellas crueldades alguna parte de los secretos. El mártir de Jesucristo sufrió aquel tormento horroroso con invencible constancia; su alma embebida en Dios, y apartada de los dolores que padecia su carne, estaba fija en Jesucristo y en su santísima Madre, pronunciando sin cesar sus dulces nombres. Al fin le descendieron del potro, casi próximo á espirar, y le dejaron en la cárcel, donde el Señor visitó á su siervo; y llenó su alma de las mas dulces consolaciones.

Nada hay mas cobarde en el mundo que la crueldad y la tiranía. Al paso que la ferocidad de Venceslao tenia sus delicias en ver derramar sangre, y oír los lamentos que arrancaba su venganza de los afligidos corazones, temia á cada paso el justo castigo de sus excesos, que le reprendia su conciencia. Rezeloso del escándalo que habia de causar en toda la corte lo que habia ejecutado con un varon tan santo y respetable, mandó que le sacasen de la cárcel secretamente, y le dejasen ir libre á su casa. San Juan Nepomuceno, olvidado enteramente de las injurias, dolores y tormentos que habia padecido, los ocultó en el secreto de su corazon, sin participarlos á ninguno; ni aun á sus amigos y familiares. Procuró con el mayor sigilo curarse las heridas, y restablecido de ellas volvió con nuevo ardor á emplearse en las sagradas funciones de su ministerio. Conocia muy bien la indole severa y contumaz del obcecado principe, y que no desistiría de su intento hasta quitarle la